

d2



Miguel Urabayen, en su casa del Segundo Ensanche de Pamplona, en el otoño de 2013, cuando anunció que dejaba de escribir críticas cinematográficas.

EDUARDO BUXENS

Muere Miguel Urabayen tras una vida dedicada al cine y el periodismo

El crítico de 'Diario de Navarra' y profesor universitario falleció a los 91 años

La Asociación de Periodistas Navarros le premió en octubre por sus artículos sobre la Segunda Guerra Mundial

FERNANDO HERNÁNDEZ
Pamplona

Miguel Urabayen, cuyas críticas de cine marcaron seis décadas de la vida cultural de Pamplona y Navarra y que transmitió a miles de lectores de *Diario de Navarra* su pasión por la Segunda Guerra Mundial con sus artículos históricos, murió ayer a los 91 años en la capital navarra. Doctor en Derecho, catedrático de Periodismo, precursor del aeroclub de Navarra, gestor del Club de Golf de Ultzama o director del periódico *El Norte deportivo*, cubrió diferentes campos de actividad durante su larga vida. Casado con Margarita Aróstegui hasta su fallecimiento en febrero de 2009, tenía dos hijos, Diego e Irma, y un nieto, Matthias, hijo de esta última.

Miguel Urabayen Cascante nació en Pamplona el 12 de marzo de 1926, en el seno de una familia republicana, liberal y anglófila. Su padre, Leoncio Urabayen, geógrafo, había sido nombrado

director de la Escuela Normal, en la que se formaba a los maestros, y fue destituido del cargo por sus ideas. El pasado noviembre completó la entrega a la UPNA del legado profesional de su padre. Su tío, Félix Urabayen, novelista, periodista y político, fue una de las firmas más notables de *El Sol*, el diario en el que colaboraba José Ortega y Gasset.

Tenía 13 años cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial, de la que fue, según comentaba "un testigo apasionado", y no dejaba de pensar que "era importantísimo que ganaran los aliados". La pasión infantil se convirtió con el paso del tiempo en un afán de divulgación de batallas, personajes y circunstancias del conflicto que siguió hasta hace unas semanas, cuando publicaba su último artículo, sobre el desembarco aliado en Dieppe. Esa serie de artículos le hizo merecedor el pasado octubre del premio Teobaldo de la Asociación de Periodistas Navarros al periodismo cultural.

En esos años, según recordaba en 2016, se aficionó a la natación en el Larraina, y llegó a representar a su club en los Campeonatos Navarros. "Me llamaban Chipa por mi poco robusta constitución y mis rápidos

movimientos en el agua", escribía hace poco más de un año. Siguió muy vinculado al deporte. En 1957, con 31 años, se convertía en uno de los tres alumnos que recibían la primera clase de judo que se impartía en Navarra. Y en 1963, los promotores del Club de Golf de Ultzama le pidieron que gestionara el proyecto. El golf se puso en marcha en el verano de 1966.

Profesor de periodismo

Desde su puesto de profesor de la Universidad de Navarra inició a cientos de periodistas españoles en la cultura visual a través de una asignatura que explicaba proyectando diapositivas en las que aparecían fotografías históricas, infografías o portadas de periódicos y revistas internacionales a los que, en los tiempos anteriores a Internet, los alumnos no solían tener acceso. Especialista en gráficos y mapas, el principal premio mundial a los mapas publicados en periódicos, que concede la Society of Newspaper Design, lleva su nombre. Formó parte del jurado de los premios de infografía Malofej y en 2009 recibió el premio a los logros de toda una vida por parte de la SND.

Pero el nombre de Miguel Urabayen ha quedado unido para

siempre al cine, una pasión que comenzó con esas primeras películas mudas que veía en El Bosquecillo, y en las sesiones infantiles del Teatro Gayarre. "Mi padre fue realmente un introductor para mí en las novelas y en el cine", aseguraba.

Más adelante llegó el sonido, el color, las pantallas grandes como las del Cinemascope ("ampliaba la escena, pero también el sonido; no sé qué tenía, pero era extraordinario"), y, en 1953, con *Los crímenes del museo de cera*, un primitivo cine en relieve. "A veces pienso que he visto todo el cine, y que tengo su edad", decía en una entrevista con motivo de su despedida de la crítica cinematográfica.

Decano de los críticos

Era octubre de 2013 y acababa de cumplir 60 años como crítico cinematográfico, primero en *El Pensamiento Navarro* y más tarde en *Diario de Navarra*, donde publicó la mayor parte de las críticas. Esos días se retiraba como crítico, después de ostentar durante más de veinte años el puesto de decano de los críticos de cine españoles. Su primer artículo fue de *Cuatro páginas de la vida*, una película dividida en cuatro episodios y dirigida por Henry King, Henry Koster, Jean Negu-

lesco y Henry Hathaway. La última crítica, *Grand Piano*, un filme de suspense dirigido por Sergio Mira y protagonizado por Elijah Wood.

Entre ellas, miles de películas vistas y miles de críticas —el propio Urabayen calculaba la cifra total en cinco mil—, que le valieron el Premio Nacional de Crítica de Cine, en 1970, y, en 1969 y 2004, sendas medallas del Círculo de Escritores Cinematográficos.

En 1996, con motivo del centenario del cine, *Diario de Navarra* publicó su libro *Las cien mejores películas. Una selección muy personal*, en la que escogía un centenar de filmes, sin ordenarlos. Cuando se le pedía que eligiera una, no se atrevía, pero reconocía que 2001. *Una odisea del espacio* (Stanley Kubrik, 1968), *Uno, dos, tres* (Billy Wilder, 1961) o *To be or not to be* (Ernst Lubitsch, 1942), eran "una maravilla".

Urabayen tenía una idea muy clara de la función del crítico. "Trato de hacer crónicas que informen, sobre todo, aportar todos los datos que pueda, y luego dar una opinión mía, pero después de informar. Creo que el crítico no puede limitarse a opinar. Tiene que explicar por qué cree lo que cree y por qué considera que es malo, y todo eso es difícil".

PUNTO DE VISTA
Fernando Hernandez

URABAYEN, DATOS Y MEMORIA

EN la primavera de 2016, Miguel Urabayen había enviado al periódico un artículo sobre el comienzo de la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico. En una primera versión, describía cómo unos aviones americanos habían despegado para bombardear “varias ciudades japonesas”. Cuando vio el artículo ya preparado en página (procuraba revisar siempre sus textos antes de que salieran publicados) llamé, además de corregir las inevitables erratas dije: “Vamos a cambiar lo de ‘varias ciudades’ por ‘Tokio, Nagoya, Kobe y Yokohama’”. Era una muestra de que, con 90 años, no había perdido su pasión por el dato preciso. De hecho, la frase completa que cambió es casi una lección de periodismo, aunque hable de algo ocurrido hace decenios: “El 18 de abril de 1942 dieciséis bombarderos medios B25 Mitchell despegaron del portaviones *Hornet* (protegidos por su gemelo *Enterprise*) para bombardear Tokio, Nagoya, Kobe y Yokohama”. Datos, datos y datos, presentados de una forma clara y ordenada.

Esa exigencia de precisión a la que se sometía estaba acompañada de una memoria prodigiosa, que no le abandonó en ningún momento. Unos meses después, en el verano de 2016, Urabayen enviaba un artículo sobre uno de los aviones que le había enamorado, el Spitfire inglés. El flechazo se había producido, contaba, al verlo en la portada de la revista *L'ala d'Italia*: “La portada de la revista italiana representaba un combate entre un biplano Fiat 42 y dos Spitfire ingleses. De todas formas mi padre no me compró aquel número; era muy cara, según dijo”. Como ahora se puede encontrar casi cualquier cosa por Internet, localicé una imagen de la revista, que era tal y como la había descrito Urabayen. “¿Has vuelto a ver esa portada en algún sitio?”, le pregunté y su respuesta fue que no. Sesenta y seis años después de verla en el escaparate de Leoz, recordaba perfectamente los detalles.

No solo le preocupaba la precisión. Mejoraba continuamente los textos, para evitar la repetición de una palabra o para pulir una expresión. Y siempre estaba preocupado por el interés de lo que escribía, por hacer llegar al público un dato desconocido, una imagen poco frecuente o una anécdota que ilustraba un momento de la Guerra Mundial, de la carrera de una de las estrellas de Hollywood o de las guerras napoleónicas, o explicaba el nacimiento de los acorazados (tenía un gran interés por la historia naval), los detalles de la batalla de Azincourt, de la Guerra de los Cien Años, o el viaje de Gustavo Doré a la Inglaterra victoriana.

Sus lectores, sus seguidores, porque los tenía, echarán de menos sus artículos, que son un ejemplo de divulgación de temas históricos.

PRIMEROS RECUERDOS EN SU ÚLTIMO ESCRITO SOBRE CINE

Hace unas semanas, Miguel Urabayen respondía a una petición del historiador del cine Alberto Cañada con unas líneas sobre sus primeros recuerdos como espectador de cine en Pamplona. Es, probablemente, lo último que escribió sobre el tema.

UNO de los recuerdos de mi infancia es el de haber visto películas gratis y muy cerca de casa. Yo vivía al comienzo de la calle Yanguas y Miranda y las sesiones de cine que tenían lugar en la plaza del Vínculo, a una manzana de nuestra casa.

Esos recuerdos son vagos y borrosos. Sé que iba con mi padre a ver las sesiones de cine gratuito, demostrando don Leoncio su gran afición a ver películas, a pesar de las incomodidades de estar en pie y en el fresco de las noches pamplonesas. Por supuesto, las sesiones solo se daban —por cortesía del Ayuntamiento— durante el verano.

Siendo niño descubrí una clara virtud de mi padre: no se avergonzaba de su origen campesino, popular. Como dijo al eminente cirujano Juaristi en una ocasión en que yo pude escucharle, él era del pueblo y no lo quería olvidar. Así pues, se sentía bien entre el público, muy popular, del cine gratuito.

Me refiero a que, como es natural, ese públi-



Loretta Young y Clark Gable, en *La llamada de la selva*.

co se había acostumbrado a las sesiones veraniegas y cinematográficas. Podían verse sus sillas, con superficie de paja trenzada y siempre colocadas en el mismo lugar. Se producían vivas discusiones si los pretendidos dueños encontraban “su” sitio ocupado.

Mi memoria recuerda todavía algunas escenas de varias películas que en aquel cine público contemplé hace ahora más de 85 años. Por ejemplo, algunas de *La llamada de la selva* (William Welman, 1935), que más tarde vi en una sala comercia (solo había tres cines de pa-

go, todos de la empresa Saide: el Teatro Gayarre, el Olimpia y el Novedades. Quizá por esa razón, haberla visto dos veces, recuerdo que intervenían Clark Gable y Loretta Young.

También recuerdo lo que debo suponer es la escena final de *Vuelo nocturno*: Gable apurando —en aquellos años intervenía en muchas películas— su último trago de whisky antes de estrellar su avión contra el suelo. Y alguna escena suelta de *Bosambo del río* con Paul Robeson como protagonista.

Lo demás que vi está olvidado.

LAS CIEEN MEJORES PELÍCULAS HASTA 1996 EN LA SELECCIÓN DE URABAYEN (SIN UN ORDEN DETERMINADO)

- | | | | |
|---|---------------------------------------|--|----------------------------------|
| 1.- La diligencia | del cuco | 50.- Zelig | 75.- Conspiración de silencio |
| 2.- También somos seres humanos | 26.- King Kong | 51.- Síndrome de China | 76.- E.T. El extraterrestre |
| 3.- El maquinista de la General | 27.- Sólo ante el peligro | 52.- La Strada | 77.- Bullit |
| 4.- Los 39 escalones | 28.- El padrino | 53.- Ser o no ser | 78.- Al morir la noche |
| 5.- Rashomon | 29.- Tiempos modernos | 54.- El silencio de los corderos | 79.- Vacaciones en Roma |
| 6.- El doctor Frankenstein | 30.- El séptimo sello | 55.- Las aventuras de Jeremiah Johnson | 80.- West Side Story |
| 7.- De aquí a la eternidad | 31.- Casablanca | 56.- La ley del silencio | 81.- El golpe |
| 8.- Anatomía de un asesinato | 32.- La ventana indiscreta | 57.- El prisionero de Zenda | 82.- El gatopardo |
| 9.- Río Rojo | 33.- Ladrón de bicicletas | 58.- Blade Runner | 83.- Sed de mal |
| 10.- El acorazado Potemkin | 34.- Ninotchka | 59.- ¡Qué bello es vivir! | 84.- 2001: Odisea del espacio |
| 11.- Teléfono rojo, volamos hacia Moscú | 35.- Los mejores años de nuestra vida | 60.- Rebelde sin causa | 85.- Uno, dos, tres |
| 12.- Cantando bajo la Lluvia | 36.- Melodías de Broadway 1955 | 61.- Los siete samurais | 86.- Danzad, danzad, malditos |
| 13.- Luces de la ciudad | 37.- Raíces profundas | 62.- El espíritu de la colmena | 87.- La evasión |
| 14.- Piloto de pruebas | 38.- Iván el Terrible | 63.- El crepúsculo de los dioses | 88.- Olimpiada |
| 15.- Taxi Driver | 39.- Atrapado en el tiempo | 64.- Con faldas y a lo loco | 89.- La edad de la inocencia |
| 16.- Sucedió una noche | 40.- La escapada | 65.- El sueño eterno | 90.- La naranja mecánica |
| 17.- Pasión de los fuertes | 41.- Psicosis | 66.- Carros de fuego | 91.- Bambi |
| 18.- Roma, ciudad abierta | 42.- La gran ilusión | 67.- El increíble hombre menguante | 92.- Greystoke |
| 19.- Una noche en la ópera | 43.- Paseando a Miss Daisy | 68.- Ciudadano Kane | 93.- M. El vampiro de Dusseldorf |
| 20.- ¿Vencedores o vencidos? | 44.- Centauros del desierto | 69.- El quinteto de la muerte | 94.- La lista de Schindler |
| 21.- Repulsión | 45.- La fiera de mi niña | 70.- Grupo salvaje | 95.- El ángel exterminador |
| 22.- ¡Viva Zapata! | 46.- Laura | 71.- Eva al desnudo | 96.- M.A.S.H. |
| 23.- Los tres días del cóndor | 47.- Alien | 72.- El tesoro de Sierra Madre | 97.- La guerra de las galaxias |
| 24.- El tercer hombre | 48.- La jungla de asfalto | 73.- Monsieur Verdoux | 98.- Atlantic city |
| 25.- Alguien voló sobre el nido | 49.- Lawrence de Arabia | 74.- Kagemusha | 99.- Sin perdón |
| | | | 100.- Lo que el viento se llevó |



En un homenaje que le hicieron en 2010 en un ciclo de cine de la Segunda Guerra Mundial. CORDOVILLA

Una vida dedicada al cine y el periodismo



“Tenía una curiosidad infinita”

Varios profesionales de distintos ámbitos resaltan su legado y sus diversas facetas

NEREA ALEJOS
Pamplona

Un hombre polifacético, de un saber enciclopédico, una curiosidad infinita y un exquisito trato humano. Así le recuerdan quienes compartieron con él alguna de sus múltiples facetas. Histórico profesor de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra, dejó una huella especial en los miles de alumnos que asistieron a sus clases de Cultura de la Imagen Periodística.

Además de profesor y periodista, Urabayen “fue otras mil cosas: apasionado de la aviación, pionero del periodismo visual, experto en guerras mundiales y el crítico de cine español con carrera más longeva”, resumía ayer en Twitter Ramón Salaverría, profesor de la Facultad de Comunicación experto en periodismo digital.

Salaverría, que fue alumno de Urabayen, aseguró que era una experiencia “fascinante” asistir a

sus clases. “Cuando no existían la Wikipedia ni el buscador de Google, él reunía miles de diapositivas de publicaciones de los lugares más insospechados del mundo. Venía con un proyector y carros de diapositivas... ¡En una clase te podía poner 300! Creo que todos sus alumnos teníamos una sensación de privilegio. Él compartía unos contenidos que para nosotros eran un mundo novedoso”, contaba ayer a este periódico.

José Luis Orihuela, profesor de Comunicación Multimedia, reconocía así el legado de Urabayen: “Don Miguel sabía mirar y nos enseñó a ver. Con él descubrimos el poder que tenían las imágenes para transmitir información, opinión e historias de una manera tan eficaz como las palabras. Nos inculcó su curiosidad, su atención al detalle, su respeto por la precisión”.

Uno de los ejemplos más destacables de ese legado que transmitió Urabayen es Mario Tascón, que en 1996 fundó la primera redacción digital en España, la del diario *El Mundo*. Ex director general de contenidos del Grupo Prisa, desde 2010 está al frente de la consultora Prodigioso Volcán. “Urabayen fue la persona que agitó todo el panorama espa-

ñol de la infografía. Creo que no hay ningún infografista que no sepa quién es Miguel Urabayen. De hecho, fue él quien sugirió el nombre del infografista argentino Malofiej para los premios de infografía. Entonces los miembros del jurado no sabíamos quién era Malofiej”. Tascón, que el pasado martes acudió a Pamplona para despedirse de Urabayen, también destacó su gran interés por las novedades del mundo digital. “Le interesaba mucho saber lo que estábamos haciendo los infografistas actuales. Le encantaba estar al día”.

Otra de las personas que mejor lo conocieron es Koro Cantabrana, fotógrafa que trabajó como ayudante de su asignatura Cultura de la Imagen Periodística entre 1991 y 1996. “Era un erudito en imagen e infografía que daba charlas y cursos en todo el mundo. Era muy querido por los editores y directores de revistas y periódicos. Todos le consultaban porque tenía criterio”. Como profesor, le gustaba escuchar las opiniones de sus alumnos “para conocer nuevos puntos de vista”. También era muy querido por su “cercanía”. Cantabrana coincidía también en resaltar su curiosidad insaciable. “Él siguió estu-

diando, leyendo y escribiendo hasta el último minuto, y también siguió ampliando su biblioteca. Cada vez que hablaba con él, descubría una faceta nueva o una opinión nueva”.

Cine y libros

El patrimonio filmográfico era otra de sus pasiones, tal como recuerda Koldo Lasa, ex director gerente del desaparecido INAAC (Instituto Navarro de las Artes Audiovisuales y la Cinematografía). “Desaparece una figura muy importante para todos los que amamos el cine. Él nos animó mucho a crear el Archivo de la Filmoteca y mostró su disposición a donarnos materiales. Para él fue una enorme satisfacción que se creara la Filmoteca”.

Urabayen también sentía devoción por los libros. Todos los días solía visitar la librería El Parnasillo, vecina a su domicilio. “A lo mejor se pasaba una hora curioseando. Era un hombre de una curiosidad infinita”, recordaba Javier López de Munain, uno de los fundadores de la librería, que cerró en 2014. “Era de pensamiento liberal y republicano, pero le interesaba mucho el tema de la religión, especialmente los orígenes del cristianismo”.

RECUERDOS

Alejandro Navas

UN SABIO, UN HOMBRE DE BIEN

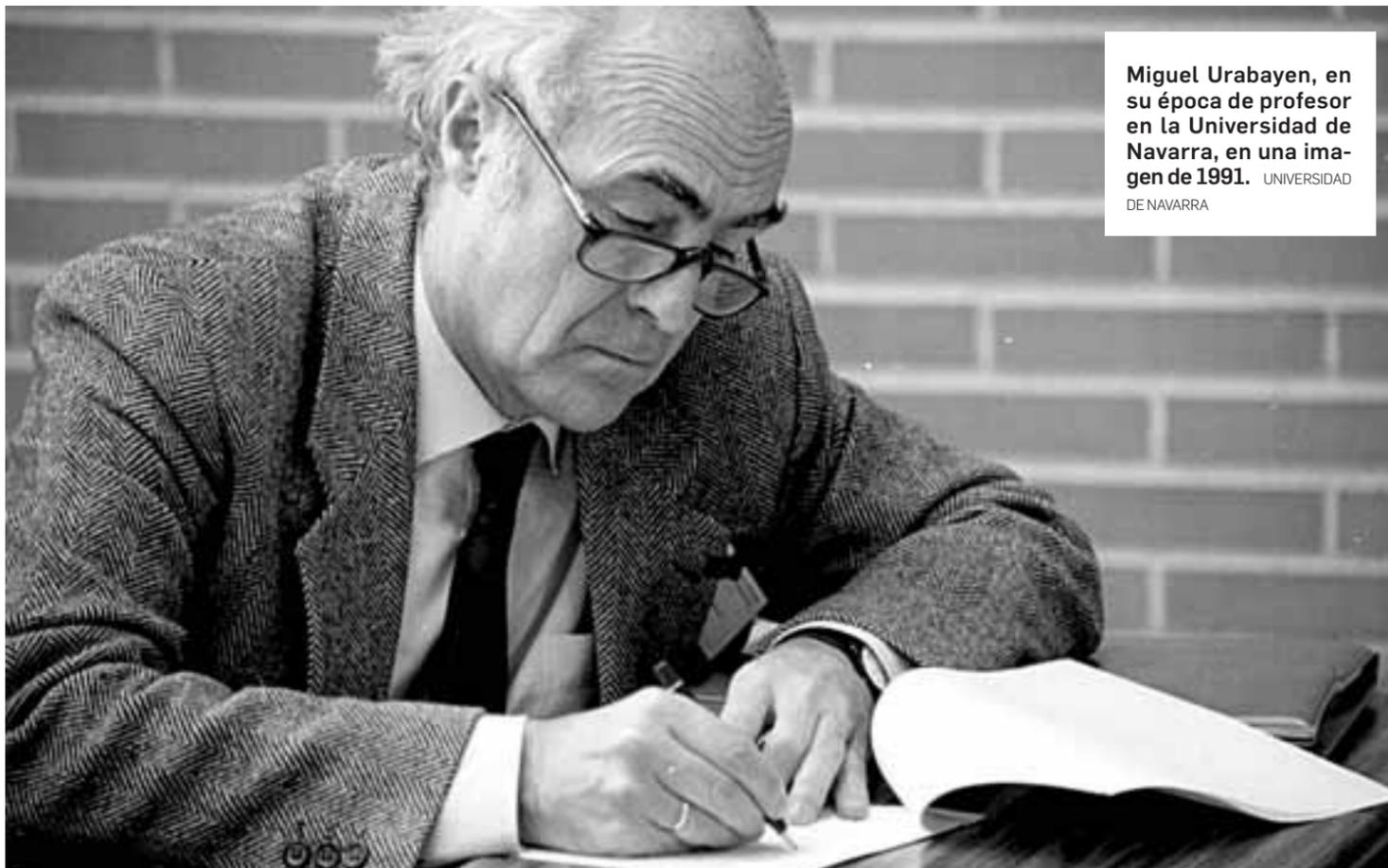
CONOCÍ a Miguel Urabayen en 1989, año de mi incorporación a la Facultad. Como en 1990 fui nombrado Decano, durante los años siguientes tuve ocasión de tratarlo con cierta intensidad. La primera impresión que obtenía quien se acercaba a él era la de encontrarse ante un caballero: una persona bien educada, respetuosa, que sabía escuchar. Tratarlo era una experiencia deliciosa: había en él mucha sabiduría, contenida en un carácter sociable, que hacía muy grata la convivencia. Lo meritorio era que se portaba así ante las autoridades académicas y ante el último alumno: todos merecían por igual ese trato exquisito. En tiempos como los actuales, donde asistimos a un “asivestramiento” de los modales y del lenguaje, su testimonio era especialmente llamativo.

Urabayen fue un pionero de la cultura visual aplicada al periodismo y a la comunicación en general. Pocas personas son capaces de aunar, como él lo hacía, esa doble sensibilidad, para lo gráfico y para lo informativo. Gracias a su magisterio, la infografía pasó a formar parte de la cultura de esta casa, lo que se plasmó en iniciativas como los premios Malofiej. Sin necesidad de contar con una especialidad propia dedicada al diseño, de la Facultad han salido brillantes comunicadores expertos en el manejo de la imagen que hoy triunfan en las salas de redacción de medios informativos en España y en América.

Otro rasgo que destacaba en Miguel Urabayen era su insaciable curiosidad que, unida a la lectura y al estudio, le convirtió en un hombre culto, experto en el presente y en el pasado. Una vez jubilado, y recortada su vida social por la sordera, nos siguió enriqueciendo con sus colaboraciones para la prensa dedicadas a la Segunda Guerra Mundial o a la historia de la aviación.

Afortunadamente, disfrutó de sus facultades intelectuales hasta el final de sus días, algo de lo que muchos hemos podido aprovecharnos. Se nos ha ido un sabio, un gran profesor y un hombre de bien.

Alejandro Navas es profesor de sociología de la Universidad de Navarra



Miguel Urabayen, en su época de profesor en la Universidad de Navarra, en una imagen de 1991. UNIVERSIDAD DE NAVARRA

TAS, TAS

A su manera, Miguel Urabayen era un hombre del Renacimiento: mostraba curiosidad por cosas que aparentemente nada tenían que ver entre sí. No es que fuera un sesudo investigador ni un académico ortodoxo. Tampoco lo sabía todo, pero a todo le sacaba punta y, en cuanto te descuidabas, tas, tas, como decía: desbrozaba el terreno, dibujaba en el aire, encontraba el lugar y el momento justos. O el error en el que nadie había reparado antes.

Era también Miguel un hombre de difícil encaje. Un poco como Fernando Pérez Ollo, como Baroja, como su propia familia, los Urabayen, su tío Félix, el novelista, o su pa-

dre Leoncio, catedrático y pionero de la geografía humana en Navarra, vaya saga: no revolucionarios, aunque sí de izquierda, republicanos y agnósticos; nada complacientes ni aduladores, al contrario, reservados, pudorosos, más bien secos para el elogio o el abrazo; y tercos como mulas. Como buenos cuencos.

Ninguno de estos rasgos sobra para conocer y entender la trayectoria de Miguel Urabayen, conocido por el público en su faceta de crítico de cine y apasionado de la Segunda Guerra Mundial, aunque no tanto por ser precursor de la enseñanza del diseño y la cultura de la imagen en las facultades españolas de periodismo. No exagero. La

RECUERDOS

Javier Errea

Society for News Design le concedió en 2009 el Life Achievement Award, su más importante galardón, “en reconocimiento a su labor divulgadora no sólo de la infografía periodística sino de la imagen como herramienta clave para contar noticias”. De la mano de su padre, el joven Miguel había crecido entre mapas y soberbias revistas ilustradas. Francesas, sobre todo: *Science et Monde* o *L'Illustration*. Aunque también *The Illustrated London News*, su favorita. Ni leer sabía y ya se zambullía en aquellas páginas que lo sacaban de la gris Pamplona de posguerra. Ahí está el germen de la asigna-

tura de prensa comparada, con la que algunos comenzamos a oír hablar de *Le Monde* o *Libération* cuarenta años después.

De la línea de tiempo que resume la larga vida infográfica de Miguel Urabayen, destacaría tres fechas. Las presento en estricto orden cronológico porque sé que es como a él le hubiera gustado.

La primera es un día sin precisar de 1970. Iba a decir antes que Miguel Urabayen, que vio y juzgó insobornablemente miles de gráficos, no hizo uno en su vida. Pero no sería exacto, y él no me perdonaría la imprecisión. Hizo uno. Fue ese año y se publicó en este periódico. Miguel pertenecía al grupo impulsor del aeropuerto de Noáin. Tenía el plano del proyecto y en la redacción no disponían de otra cosa. Recurrieron a él. “Dibujé a mano una cosa sencillísima, nada

Una vida dedicada al cine y el periodismo

TRIBUNA CULTURAL El autor recuerda su relación con Miguel Urabayen y el consejo que le dio en el primer encuentro entre ambos, cuando era un joven cinéfilo: "No hagas nunca caso de las críticas"

Uray y yo, en resumen

Alberto Cañada

ME piden que escriba unas líneas sobre Miguel Urabayen. Enseguida. Si contribuyen a conocerle mejor, no puedo rechazar esta proposición. Intentaré ser claro, intenso y resumido, las tres características de sus prolíficas crónicas cinematográficas.

Me siento muy afortunado y satisfecho de haber conocido y entablado una relación de amistad con Miguel Urabayen (Uray), el crítico de cine más relevante que ha tenido Navarra, y que, vislumbrando el futuro del séptimo arte, probablemente acabe siendo el más importante de la Era del Cinematógrafo. Mi primer acercamiento a él fue a través de la lectura de las crónicas periódicas publicadas semanalmente en *Diario de Navarra*, donde daba cuenta del estreno principal de la cartelera pamplonesa. Las recortaba. Casi siempre para leerlas después de ver la película, pues a Miguel le gustaba contarlos el argumento; eso sí, lo advertía y pedía al lector que no continuara leyendo si no quería conocer la trama. El primer encuentro personal tuvo lugar en compañía de mis padres, yo todavía muy joven, pero ya con afición al cine, y recuerdo que mi madre le solicitó un consejo para el imberbe cinéfilo: "No hagas nunca caso de las críticas", me dijo. No recuerdo más, pero nunca olvidé esa sagaz recomendación, a pesar de que ello incluía sus propios textos. Acabé emulando al maestro, escribiendo muchos comentarios sobre películas, pero al cabo de los años lo dejé, entre otras cosas acordándome de aquella frase que sutilmente invitaba a reflexionar sobre la inutilidad de la crítica de cine (y de arte en general). Poco después nos volvimos a encontrar en la Facultad de Periodismo, cuya labor docente es la que mejor recuerdo en los cinco años de Universidad. Trabajamos juntos en la traducción del *Diccionario de Cine Larousse* (editado en España por Rialp en 1991), cuando intensificamos nuestra relación, la cual se vio consolidada con el encuentro casi semanal en los cines de la SAI-

DE, donde yo trabajaba, y los cuales visitaba asiduamente para visionar en la sesión de las 17.30 del viernes, el estreno al que dedicaría la oportuna crónica cinematográfica, tarea que realizó ininterrumpidamente durante 60 años (1953 a 2013). La última vez que estuve con él, en su domicilio, fue hace apenas un mes; estaba débil, algo enjuto, abrigado como si fuera invierno en el salón de su casa, pero con la cabeza clara y varios libros y revistas en la mesa en fase de lectura (sobre la Segunda Guerra Mundial, su tema predilecto). Le había pedido que me escribiera el prólogo de un libro sobre los cines de Pamplona, locales que él conocía mejor que nadie, y que si algún día ve la luz llevará la dedicación que él merece.

Las crónicas de cine, como a él le gustaba llamar a lo que conocemos como "críticas", eran muy fáciles de leer, como casi todo lo que escribía Miguel. Empleaba pocos tecnicismos (si acaso explicaba cómo se realizaba un determinado efecto especial, lo que era el 3D, etc.), proporcionaba muchos datos sobre actores, premios, fechas, novela

original, etcétera, que enriquecían el comentario, y su sabiduría y experiencia infundían gran tino en la valoración general de la película, comentada nada más verla, sin haber tenido tiempo de leer otras críticas. En este sentido era proverbial su nivel de predicciones y aciertos en los premios Oscar.

Nunca ocultó su admiración por el cine estadounidense, "entre otras cosas porque suele ser de gran calidad técnica y en él han trabajado algunos de los mejores talentos de Europa y de otras zonas del mundo". Aunque le gustaba el buen cine en general. Y el de la Segunda Guerra Mundial en particular, sobre todo si aparecían aviones de combate, su especialidad. Entre su "selección muy personal" que publicó en 1997 (*Las cien mejores películas*), recordó títulos como *El acorazado Potemkin*, *Cantando bajo la lluvia*, *Rashomon*, *Pasión de los fuertes*, *Tiempos modernos*, *¡Qué bello es vivir!*, *M. El vampiro de Düsseldorf*, *Psicosis*, *Lo que el viento se llevó*, *El padrino*, *La edad de la inocencia*, *El séptimo sello*, *El gatopardo*, etcétera. Fue una lista limitada que a

él mismo le costó cerrar (calculaba haber visto en su vida unas 10.000 películas). Pero nos dejó una pista para poder elaborar nuestra propia relación de mejores filmes; responder a la pregunta: "¿Volvería a ver esta película ahora mismo?". Como siempre una aguda, simple e inteligente solución, para un gran problema. Así pueden resumirse las crónicas de cine que Miguel Urabayen nos deja en la hemeroteca. Y que es de lo que trata este recuerdo, de su extraordinaria contribución al acervo cinéfilo de los aficionados navarros.

EN RESUMEN: nos ha dejado el cronista cinematográfico local más prolífico, longevo, y pedagógico que ha tenido la prensa navarra. Sus artículos son una extraordinaria referencia y paradigma de lo que el comentario sobre películas debe ser. Ahí están sus lecciones. Sólo las que dedicó al séptimo arte. Adiós maestro. FIN.

Alberto Cañada Zarras es responsable de programación de la Filmoteca Navarra.



Miguel Urabayen con su característica boina, en una fotografía de 2009.

CALLEJA/ARCHIVO

que valiera la pena", contaba. Encontrar ahora ese gráfico es misión obligada.

La segunda es un día de 1982, cuando apareció por la redacción del diario *Tiempo Argentino*, en Buenos Aires. Había sido invitado por Pablo Sirvén, uno de sus ex alumnos en la Universidad de Navarra. Nada más llegar, se puso a hojear el periódico. ¿Quién ha hecho esto?, exclamó de pronto al encontrar un mapa que ocupaba casi una página completa. Gesticulaba de pura admiración. En un rincón, con su caballete, sus plumines y sus hojas de calco, trabajaba Alejandro Malofiej, cartógrafo. Miguel se le acercó admirado, aunque no tardó en señalarle un error: el acorazado *New Jersey* estaba representado en el mapa con la silueta de un crucero. Se hicieron amigos al instante. Después, no volverían a verse, pero sí man-

tuvieron el contacto por teléfono o correo. Y, sobre todo, Urabayen hizo que el trabajo de aquel desconocido cartógrafo trascendiera y que su nombre calificara algunos años más tarde el congreso y los premios de infografía periodística más importantes del mundo: los Malofiej, que cada año se celebran en Pamplona. Pero los focos se los llevaban siempre otros, más avisados para la fama y el dinero, y eso a Miguel, creo, como al propio Alejandro Malofiej, también de la estirpe de los de mal encaje, le dejó en el fondo una pizca de amargura. "Tengo la sensación de haber llegado tarde siempre a todas partes", me dijo en una vez.

La tercera fecha es el viernes 15 de marzo de 2013. Miguel Urabayen recibió ese día en su casa de la calle Castillo de Maya a Nigel Holmes y a John Grimwade, dos de las le-

yendas vivas de la infografía mundial. Ambos estaban en Pamplona con motivo de la edición número 21 de los Malofiej. A esas alturas, el viejo profesor ya no bajaba a la universidad. Holmes y Grimwade habían picado algo antes en el Savoy para hacer tiempo. A las tres y media en punto, pues bueno era Miguel con la puntualidad, llamaban al timbre. Quien abrió la puerta no era un hombre acabado sino un niño de 87 años ávido de información. Los hizo pasar. No se entretuvo con preámbulos ni cortesías. Había preparado varios libros y una batería de preguntas, una por volumen. *The Outline of History*, de H.G. Wells; *The Best of Eagle*, editado por Marcus Morris; un ejemplar de 1966 del *Sunday Times Magazine*; y *Tank, a History of the Armoured Fighting Vehicle*, de Kenneth Macksey y John H. Bachelor. Te-

nía media hora para sacar el jugo a aquel talento reunido milagrosamente en su domicilio. Y eso sucedió: Miguel volando de mapa en mapa y los dos visitantes británicos mirándolo admirados. Y tratando de pasar el examen con dignidad.

En estos casi cinco años transcurridos desde entonces Urabayen ha escrito algunas decenas de artículos más en este periódico y ha seguido contribuyendo puntualmente en el anuario Malofiej de infografía, que edita la Society for News Design. Tengo en el contestador un mensaje suyo de la víspera de Nochebuena. Me anunciaba un texto para el volumen que presentaremos en marzo.

Javier Errea es profesor de Edición y Proyectos de la Universidad de Navarra y presidente del capítulo español de la SND.

RECUERDOS

Pedro Lozano Bartolozzi

UN OSCAR PARA URABAYEN

EL mariscal Von Brauchitsch, jefe de la Wehrmacht, descolgó el teléfono y comunicó la noticia a Keitel, jefe del OKW. "Sí, es cierto, me lo confirma el almirante Karl Doenitz. No, no es una filtración del MI5 británico, ha sido descifrado el código Enigma." Entonces, ¿Miguel Urabayen, el espía más peligroso que descubrió todos nuestros planes estratégicos ya está por encima del Tiempo? "Así es, mis contactos con Tokio y la Komandatura de la Luftwaffe lo ratifican. Miguel Urabayen emprendió su vuelo más alto e importante. Es un hombre para la Historia, es un vencedor del olvido. ¡Que todas las unidades le rindan honores, como están haciendo los aliados!"

En otro escenario muy distinto la noticia también conmovió a todos. Humphrey Bogart, Billy Wilder, Ingrid Bergman, Alfred Hitchcock, René Clair, David Niven, Noel Coward, Frank Capra, Gary Cooper, brindaron alegres para recibir en el más allá la visita de Miguel Urabayen, el mejor y más infatigable crítico de cine, el periodista que supo transformar las páginas impresas en pantallas en technicolor y reflejar las intrigas del cine negro y policíaco.

Imagino la sonrisa cómplice de mi amigo Miguel Urabayen cuando lea estos guiños bienhumorados. Lo veo con su boina bien ladeada recordando nuestros tiempos en las trincheras de la prensa navarra, en las aulas de la Facultad de Periodismo. O hablando de aquel rotativo pionero *Norte Deportivo*.

Coincidimos también en viajes y congresos. Aún me impresiona evocar nuestras andanzas por París buscando libros en las orillas del Sena o paseando por Broadway para ver los estrenos hollywoodienses. Y luego ya viejos rockeros ambos, charlando de todo lo habido y por haber en el campus de la Universidad de Navarra o en las calles de nuestra Pamplona. No ha caído el telón. No hay *The end* para Miguel. Seguro que ya ha nacido a una vida bien ganada con su entrega a los demás y su trabajo bien hecho.

Pedro Lozano Bartolozzi es profesor emérito de la Universidad de Navarra